

***La exégesis herética y erótica
de Róger por Guillermo***

*Sofía Montenegro
6 de Diciembre del 2000*

Entre las tantas e incontables pérdidas que el pueblo de Nicaragua ha sufrido, sean de origen telúrico, político u onírico -porque también hemos perdido los sueños- podemos contar la pérdida de Róger Sánchez, uno de los grandes del humor y la crítica, que desapareció hace ya 10 años, el 4 de noviembre de 1990.

Algunos de sus amigos, que apostamos por el mantenimiento de la memoria colectiva, hemos aprovechado la ocasión de este aniversario para devolver a la audiencia nacional el recuerdo de Róger, dado que el grupo y la sociedad son las condiciones de existencia de la memoria. La sociedad proporciona los marcos, como el tiempo y el espacio, pero es la memoria del grupo la que asegura la continuidad de una masa de recuerdos que aportan coherencia a las acciones del mismo. Y esta es la razón por la que me parece oportuna la aparición de *El hereje confeso*, de Guillermo Roths Schuh, para devolverle al pueblo nicaragüense a un héroe de la crítica y de la inteligencia en momentos en que nuestra sociedad demanda seguir por el camino de la iconoclastia y romper con caducos paradigmas de pensamiento.

El hereje confeso no es una biografía de Róger Sánchez ni es un libro de historia, tampoco es una mera amalgama de recuerdos individuales de Guillermo, pero comunica a las imágenes y a los recuerdos concretos un poco de su estabilidad y generalidad. Es un ensayo que se sienta a horcajadas entre la exégesis y la remembranza sobre una personalidad, su tiempo y su intemporalidad, por ello tiene ese inconfundible sello de lo que se cuenta oralmente, de lo que se pasa de boca en boca. Tiene el sabor de lo que pertenece al ámbito de la tradición y la oralidad y éstas acaban, como dice Halwachs, donde empieza la historia. Particularmente, la historia oficial.

Guillermo nos explica e interpreta a Róger, lo sitúa en el panorama nacional de la caricatura, en su dimensión social y política y en su trascendencia en el

tiempo y de las fronteras nacionales. El autor nos hace ver con su mirada informada y una prosa fluida - llena de guiños cómplices y datos precisos pero sin academicismo- el valor enorme de este nicaragüense singular que es Róger Sánchez. Recupera, desmenuza y articula para nuestros sentidos el desenfado, la libertad de pensar, la valentía, así como la risa sardónica con las que nos enriqueció Róger en su corta e intensa vida.

Pero principalmente, para mi gusto, nos devuelve al gran “desconfiscador”, que es aquél que al revés de todos los demás, nos devuelve lo que nos ha sido confiscado tanto en el espacio más público como en el más íntimo: el poder y la sexualidad. Porque Róger desafió la censura, el control y la imposición que es característica de cualquier régimen y ética autoritaria. Desafió al gobierno de turno pero también a nosotros los ciudadanos en lo que cada quien tiene de chato, solemne, tonto y vertical. Nos mostró cómo se echaba a perder el goce democrático de compartir en libertad, tanto en el país como en la cama. En este sentido, Róger nos “ilustró” y nos hizo darnos cuenta. “La caricatura casi siempre es didáctica. A veces enseña tanto como un buen libro o un gran escrito”, dice Guillermo.

Pero, erotómano él mismo, el autor se siente más regocijado con las herejías que plasman los muñecos en la intimidad. Porque “Róger con el *Humor erótico* antes que quitar la llave de las puertas, optó por derrumbar las paredes... prefirió sentarnos en palco antes que someternos al suplicio de colocar el ojo sobre la rendija de la cerradura. Sus amantes son totalmente desinhibidos. Casi nunca se cohíben. Aún así prefiere que los veamos en la distancia, quedos, no vaya a ser que nuestras carcajadas les perturben. Debemos deslizar suave la mirada sobre cada una de las 187 páginas de este libro desafortunado. Ya sea de noche o de día, libertinos al fin, debemos dejar que los amantes retocen a sus anchas sobre la angosta cama o el mullido colchón”, nos aconseja de manera voyerista. Nos induce a mirar con su mirada, lo mirado por la mirada del famoso mirador.

Guillermo apunta que con el *Humor erótico* Róger eleva el ancla de las prohibiciones. En su mundo todo es permisible y a diferencia de la realidad bastante triste que revela mi investigación sobre la Cultura Sexual, la sexualidad es despojada de su función estrictamente reproductiva devolviéndole su sentido vital, gozoso y orgiástico. Como observa Guillermo, ahí los muñequitos amantes se acuestan por puro placer y por puro deseo y

mandan al traste los interdictos, los condicionamientos y las ceremonias. Es por eso que el autor asegura –y yo estoy de acuerdo- que Róger creó una *erósfera* para imaginarnos –eternos reprimidos por el poder y los mandatos religiosos- como podría ser una vida así y participar de ella, aunque fuese vicariamente. Nos ofreció un escape de la conciencia de campanario con que hemos sido criados.

Era efectivamente un hereje y un romántico: Róger creía en la libertad, en el amor y en la autenticidad. Por eso satirizó al poder, a la mediocridad, al servilismo, al machismo, al oportunismo y dejó en cueros el chaolinismo y la beatería de los revolucionarios así como la doble moral de los poderes sagrados y profanos que en este país son. Todas ellas expresiones de la conciencia autoritaria y del desamor que nos constituye o nos circunda; era un hereje confeso ciertamente porque nunca fue obsecuente ni con el poder ni la represión. Por eso es que como bien apunta Guillermo al hereje no le quedó más camino que la apostasía, en contra de la dominación, porque la apuesta de Róger era una apuesta ética y libertaria.

A través de sus páginas este libro nos permite ubicar en su contexto una cosa tan efímera y potente como es la caricatura, así como atisbar en la mente de un creador. Nos permite también apreciar y ubicar en el ámbito de los artistas de la caricatura el lugar señero que Róger ocupa, reconocer el vínculo entre unos y otros, su genealogía hecha de tinta y risa, el recorrido entre Nicasio y Polidecto. Guillermo en este su elogio y apología de la caricatura, nos hace abrir los ojos al arte cotidiano y reflexivo, que como una gota agridulce diaria capaz de horadar una piedra, nos han ofrecido los antecesores de Róger y los que han venido después de él, entre los que destaca con sumo brillo Guillén, en la caricatura editorial de La Prensa y en El Azote. Sólo espero que este libro aparte de cumplir su cometido de devolvernos al artista de la crítica que es Róger, sea una iniciación dentro de los lectores en la apreciación de la caricatura, que como dice el autor, “es un género mayor de la lucha ideológica”.